



RUIZ TABOADA, Arturo. *La vida Futura es para los devotos: La muerte en el Toledo medieval.* Prólogo Javier CASTAÑO. Madrid: La Ergástula, Ediciones, 2013. 204 págs. [18,5 x 24,5].

Ese es el atrevido, a la par que acertado, título del libro que ha escrito el arqueólogo toledano Arturo Ruiz Taboada, después de las numerosas excavaciones realizadas en Toledo por el autor. Arturo lanza una mirada inteligente a la muerte en el Toledo medieval, a sus cementerios, ritos y restos, que como todos saben no son fáciles de analizar porque pertenecen al Toledo de las tres culturas y no es sencillo delimitar donde empieza una y acaba la otra, o cuando y donde se ubican las necrópolis de judeoconvertos o moriscos si cerca de sus viejos ancestros y a su manera, o en lugares diferentes y con distinto ritual. El caso es que el estudio de los cementerios de Toledo es el de las personas y costumbres y usos funerarios de los que nos precedieron, desde los enterramientos de incineración de carpetanos y romanos, a los medievales y aún modernos y contemporáneos. La investigación se centra en el Toledo medieval y en concreto en los hallazgos extramuros, ya en Vega Baja, ora en el cerro de la Horca, ya en San Eugenio o San Lázaro, ora en Santa Leocadia. También se analizan las necrópolis intramuros, ya que aunque los cristianos empezaron enterrándose en los alrededores de las basílicas martiriales del exterior “ad sanctos”, acabaron en época medieval acogiéndose al sagrado de los muros parroquiales primero y del interior de las propias iglesias a partir del siglo XII, con prioridad para reyes, nobles y luego burgueses y a partir del XV de los propios parroquianos, hasta que llegó la Ilustración en el XVIII y los primeros estudios epidémicos en el XIX que aconsejaron volver a las afueras, primero en el actual IES de la Antigua Escuela de Magisterio y luego en el cementerio municipal actual. Las culturas semíticas, hebrea y musulmana, más sabias que nosotros, siempre se enterraron extramuros. La hipótesis de Arturo es que los hebreos lo hicieron en el cerro de la Horca y los judeoconvertos en la Vega, en el Pradillo de San Bartolomé y los musulmanes cerca de San Eugenio y también junto al Circo romano, moriscos incluidos.

El libro se desglosa en cuatro capítulos, precedidos de un prólogo escrito por Javier CASTAÑO (CSIC) en el que destaca la importancia de haber localizado un cementerio hasta ahora “invisible” el de la aljama de los judíos de Toledo en el cerro de la Horca.

El capítulo I se centra en las prácticas y creencias funerarias en el Toledo medieval y en concreto en los cementerios intramuros y extramuros. En el siglo XV existen documentadas 21 parroquias con sus respectivos cementerios cristianos, a los que habría que añadir los propios de conventos y hospitales intramuros de la ciudad. En general, a través de las excavaciones se puede constatar la destrucción sistemática de las tumbas más antiguas por las más modernas y una superpoblación y cierto caos que caracterizará la práctica cristiana de enterramientos en el interior de la ciudad, Con todo, hay algunos casos significativos, como el de las excavaciones de San Bartolomé de San Soles (actual convento de Jerónimas) ya que muestra las tumbas cristianas más antiguas documentadas en el interior de la ciudad sin apenas alteraciones como en el resto, permitiendo estudiar



varias fases de ocupación del cementerio: la primera del siglo XII, la segunda del XIV y la tercera del XV al XVII.

En el caso de los cementerios extramuros conviven enterramientos árabes, judíos e incluso cristianos en zonas como la ermita de San Eugenio, lo que dificulta mucha una identificación clara de los espacios funerarios de las diversas culturas. El problema es que las investigaciones actuales han sacado a la luz enterramientos árabes en la puerta del Vado, en Vega Baja y son conocidos los cipos islámicos taifas del cerro de San Eugenio; si a esto añadimos la dificultad de identificar los enterramientos de judeoconversos y moriscos, se comprenderá el problema de intentar ordenar un *puzzle* tan difícil. Por eso el intento de reordenación de los datos históricos y documentales, contrastados por excavaciones arqueológicas hace del trabajo de Arturo Ruiz una verdadera novedad en el panorama tan complejo de delimitación de los cementerios extramuros de los diversos credos en Toledo. En el caso de los cementerios extramuros cabe destacar el estudio y delimitación del cementerio cristiano de Santa Leocadia, un área de necrópolis que se extiende desde el siglo III d.C, prolongándose su uso en época tardorromana e incluso visigoda entre los siglos IV y VI d.C. La fase más moderna de los enterramientos correspondería a una necrópolis tanto islámica (siglo X) como cristiana, siglo XI al XV, como se documenta en otras áreas limítrofes de la Vega Baja de Toledo.

El capítulo II lo dedica el autor al intento de identificación del cementerio judío de Toledo gracias a al excavación de más de 100 tumbas en una obra de urgencias al ampliar el actual IES Azarquiel. El estudio de las tumbas ha permitido lanzar una hipótesis sugerente, el cementerio judío se situaría en el cerro de la Horca, con un patrón de enterramientos diferente al documentado en tumbas islámicas o cristianas, aunque para que esta identificación sea definitiva, se necesitaría que apareciesen *in situ* alguna inscripción hebrea o ajuares. Con todo Arturo analiza algunos detalles como que la necrópolis se encuentra ordenada tanto en filas como en estructuras cerradas y con áreas de separación entre las tumbas, que respetan escrupulosamente los enterramientos anteriores e incluso documenta la agrupación de ellas en torno a espacios arquitectónicos de carácter cerrado o familiar; las fosas son bastante profundas y el cadáver se deposita en el suelo en contacto directo con tierra virgen y descansa dentro de un ataúd, que en la mitad de los casos se cubre por pequeñas bóvedas de ladrillo o lucillos. La cronología estaría entre los siglos XII y XIII. El problema es que los lucillos, como fósiles directores del enterramiento judío, también se han documentado en necrópolis islámicas y cristianas, pero con todo, el trabajo de Arturo debe ser tenido muy en cuenta, lo mismo que su identificación del Pradillo de San Bartolomé, con el cementerio de los judeoconversos, promovido por el arzobispo Tenorio para los cristianos nuevos y que había llevado a algunos autores a su identificación con el cementerio judío, que Arturo sitúa en el cerro de la Horca, abriendo un interesante capítulo de identificación del cementerio histórico de los judíos en Toledo, así como el de una minoría conversa judeocristiana y su “especial” modo de enterramiento.

El capítulo III se dedica al estudio del cementerio cristiano de la iglesia de Santa Cruz, antigua mezquita de Bab al Mardum, que tuvo uso continuado durante toda la Edad Media y Moderna (siglos XIII al XVIII). El proceso de reconversión de la antigua mezquita en iglesia tiene su fecha clave en 1183 cuando el arzobispo Gonzalo Pérez la pone a disposición de loa orden de los Hospitalarios de Jerusalén bajo la advocación de la Santa Cruz. A partir de ahí nace también el cementerio cristiano, tanto en el patio exterior (XIII-XV) como en el interior de la iglesia (XV-XVIII) . Los ajuares han



sido bastante abundantes, desde los asociados a la vida de los difuntos como anillos, pendientes, collares, hasta amuletos de azabache, coral, cerámica y hueso para la protección en la otra vida e incluso monedas en una mano o en la boca. Como curiosidad citaremos que en una de las tumbas, fechada en el siglo XVII, cuya cubierta es de pizarra, aparece una inscripción en la cabecera que dice “La vida futura es para los devotos” y que da título a este libro.

El capítulo IV versa sobre el presente y futuro de los cementerios históricos de Toledo y la necesidad de proponer un Plan Integral que salvaguarde este tipo de restos de la voracidad urbanística y también de las injerencias de grupos religiosos ortodoxos, judíos o musulmanes, abriendo una batalla entre el laicismo científico y las religiones. Asimismo parece pertinente una mínima deontología profesional por parte de las Administraciones implicadas que conlleve desde la realización de los trabajos arqueológicos libres de presiones, hasta el cumplimiento de unos mínimos requisitos didácticos para devolver a la sociedad parte de su legado histórico enterado. El Autor propone con bastante sentido que ese Plan Director recoja tanto los límites actualizados de los cementerios históricos conocidos como las zonas potencialmente sensibles mediante un mapa de riesgos, para que no sucedan destrucciones de Patrimonio, como la del cementerio de San Lázaro, en nombre de un presunto proyecto cultural.

En resumen y como conclusión se han podido documentar en la llanura norte de Toledo, extramuros de la ciudad cementerios romanos y tardorromanos, visigodos, medievales islámicos, judíos y cristianos modernos y contemporáneos. Y dentro de esa clasificación genérica, es mérito del autor la muy posible identificación del cementerio judío en el cerro de la Horca así como las necrópolis de grupos cerrados como cristianos de reconquista o repoblación, judeoconvertos y moriscos. También se ha podido documentar como desde el siglo XII se generaliza el enterramiento de cristianos en el interior de los templos intramuros y el abandono de los cementerios cristianos exteriores de Santa Leocadia y San Eugenio, así como la fundación de cementerios nuevos en el entorno de las nuevas iglesias y parroquias del interior de la ciudad, entre las que destaca la excavación de San Bartolomé y la del Cristo de la Luz, que junto con las informaciones provenientes de otras iglesias como San Lucas, San Andrés y San Sebastián que han permitido secuenciar evolutivamente los enterramientos cristianos de Toledo. Queda por demostrar si los lucillos de ladrillo son un fósil director de tumbas judías, como piensa Arturo Ruiz, o si por el contrario son un reflejo más del “mudejarismo cultural” tan propio de la ciudad, como piensa el firmante de esta reseña, que no puede acabar sino felicitándonos todos por la publicación de este trabajo valiente que demuestra más que nunca la presencia viva del pasado en el presente y futuro de Toledo. Como muy bien dice Javier Castaño en el prólogo del libro “La vida futura no distingue entre credos, y este libro nos muestra que, al contrario de lo que muchos piensan, la muerte no logra acabar con las diferencias culturales y religiosas que lejos de ser un estorbo, enriquecen nuestra existencia”.

SANTIAGO PALOMERO PLAZA
(Director del Museo Sefardí de Toledo)